

J. M. Cejas es periodista y ha escrito este libro con el rigor y objetividad de las crónicas bien documentadas. Recrea con tal viveza el contexto histórico, que consigue introducir al lector en las diversas escenas “*como si presente se hallase*”. A ello contribuye su estilo ágil, vivo y ameno, propio de los medios de comunicación.

Los testimonios de tantos testimonios oculares y la abundante documentación citada en el valioso aparato crítico que acompaña al texto, convierten esta obra en un referente para posteriores publicaciones.

El autor, miembro del Opus Dei, consigue hablar de la pasión de su vida con la necesaria objetividad del cronista. No evita los aspectos de mayor fragilidad de Josemaría, describe las diversas situaciones con

ecuanimidad, sin juzgar, al estilo de su fundador. Incide especialmente en la conciencia social del santo en un tiempo de escasa atención de los sacerdotes al cuidado pastoral de los estratos sociales más desfavorecidos.

Como los hechos son contemporáneos y la prosa periodística fluye ágil y amena, el libro, a pesar de su volumen, se lee con toda facilidad y es accesible a todo tipo de lectores. Su letra grande y espaciosa y su cuidada edición, también lo favorecen.

Es un acierto que esta obra póstuma no se haya publicado en una editorial del Opus Dei, de este modo llega a un público más amplio y contribuye a eliminar prejuicios si los hubiera.

**María Dolores de Miguel Poyard**

OLAIZOLA, J., L., *San Josemaría Escrivá. Crónica de un sueño*, San Pablo, Madrid 2014, 189 pp.

“*Soñad y os quedaréis cortos*”. Con esta frase, repetida habitualmente por san Josemaría, se abre y se cierra este libro. El subtítulo pone de manifiesto su centralidad en esta obra, presentada como *Crónica de un sueño*.

Olaizola, miembro del Opus Dei, escribe desde el corazón del hijo que venera la memoria de su padre, a quien tanto le debe. Ha

tenido el privilegio de conocerlo personalmente. Por eso este texto es biografía y también memoria agradecida. En el primer capítulo cuenta, emocionado, sus encuentros con el santo; y, en especial, el vivido junto con su esposa, embarazada de una niña que fallecería al año de nacer.

A lo largo de los dieciséis capítulos restantes, va relatando, en orden

cronológicamente lineal, los hechos más significativos de la vida de Escrivá; desde su infancia hasta sus últimos años, presentados también como “vida de infancia”. La infancia espiritual que vivió siempre, le conservó el alma de niño, abandonado en brazos de su Padre y de su Madre María. Como él mismo decía, “*lo bueno de nuestra vida de hombres es que somos pequeños*”.

Lejos de entristecerse por sus debilidades, su pobreza le avivaba la confianza en su Padre Dios. De carne y hueso, pobre pecador y lacerado en los últimos años por la enfermedad, vivía profundamente alegre en el Señor. Sabía desdramatizar con humor los momentos más duros. Había puesto su honra en manos de Dios y era libre ante las calumnias: “*No te preocupes, todo lo que se cuenta ahí es falso; si me conocieran mejor, quizá hubieran podido decir cosas peores*” (pág. 155).

Palpar el barro de su debilidad, permite contemplar a Dios actuando desbordantemente en quien todo lo espera de Él porque nada tiene. Conmueve adentrarse en las diversas escenas de su vida y escucharle decir con profundo abandono en la Providencia: “*cuando solo se busca a Dios, bien se puede poner en práctica aquel principio de: ‘se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste’*” (Camino, 481).

Y el Señor desbordó todas las expectativas. En los inicios de la fundación cuando, después de invitar a muchos jóvenes, solo acudieron tres: “*Bendije a aquellos tres..., y yo veía trescientos, trescientos mil, treinta millones, tres mil millones..., blancos, negros, amarillos, de todos los colores, de todas las combinaciones que el amor humano puede hacer. Y me he quedado corto porque el Señor ha sido mucho más generoso*”.

Josemaría es el santo de la vida ordinaria, del sentido común, del trabajo sencillo realizado por amor a Él, a mayor gloria de Dios. Sus padres, modelo de fe y humildad ante las adversidades, supieron forjar su carácter y atemperar su genio vivo.

Consciente de tanto bien recibido en este hogar cristiano, concibió el Opus Dei como una gran familia. Siempre agradeció la ayuda de su madre y de su hermana, que supieron imprimir el sello del hogar en las casas que se iban abriendo. Integró a su familia de tal modo que los miembros de la Obra consideraban abuela a su madre, y tía a su hermana.

Pilar Urbano, también hija espiritual de Josemaría, ha escrito el prólogo. Con estilo apasionado y ritmo de vértigo, enlaza multiplicidad de escenas, anécdotas y frases del santo. En reducido espacio ha querido trazar la semblanza espiritual de la rica

personalidad de Escrivá, el hombre de los contrastes.

Olaizola es un gran comunicador. Su estilo sencillo y ameno, y el calor de su testimonio personal, ofrecido en primera persona, conmueven al lector y le integran con

facilidad en el relato. Es un libro muy recomendable para acercarse a conocer a este santo que dejó a Dios ser Dios en su vida.

**María Dolores de Miguel Poyard**

SPADARO, A. – GALLI, C.M., (eds.), *La reforma y las reformas en la Iglesia*, Sal Terrae, Santander 2016, 654 pp.

Con motivo de la celebración del 50 aniversario de la clausura del concilio Vaticano II, se celebró en Roma un simposio sobre la *reforma misionera* de la Iglesia. Esta obra colectiva es fruto de este diálogo. Teólogos, canonistas, historiadores y otros expertos provenientes de todo el mundo presentaron sus aportaciones y propuestas para poner en marcha la reforma de la Iglesia, siguiendo la huella del papa Francisco, *el hombre de la reforma práctica* –según Benedicto XVI. Al año siguiente, en el *Año de la Misericordia* fue editada con el deseo de continuar con la *revolución de la Ternura* que comenzó con Jesús (EG 88).

Las treinta aportaciones están ordenadas siguiendo el esquema de la lógica teológica. Son orientaciones independientes sobre la reforma sinodal de la Iglesia desde la cabeza hasta los miembros. Muchas propuestas para transformar la vida de

las Iglesias locales, las agrupaciones generales y la Iglesia entera. Todo cambio debe estar guiado por el paradigma de la conversión misionera. Buscar una nueva síntesis en la tensión permanente entre carisma e institución. No podemos hablar de reforma/reformas sin tener en cuenta el hábitat humano global, con sus consecuencias antropológicas y religiosas. Estamos en un momento histórico de cambio de paradigma. Crear un nuevo rostro a la Iglesia. La Iglesia es una madre de corazón abierto. Es el Misterio de la Comunión del Pueblo de Dios. Buscar nuevas formas de caminar *hacia una Iglesia más pobre y fraterna*. Poner en marcha una reforma es vivir en una dinámica del discernimiento. Es preciso renovar la sinodalidad en la vida de la Iglesia. La unidad es el fruto del encuentro con otros cristianos y se vive en comunidad, en el día a día de las Iglesias